

SAN SALUSTIANO, CONFESOR

Día 8 de junio

P.Juan Croisset, S.J.

En los tristes y calamitosos tiempos en que la Iglesia era furiosa y sangrientamente perseguida, no faltaron nunca esforzados y valientes confesores que con constancia heroica sufriesen los más dolorosos y crueles tormentos por sellar con su inocente sangre las eternas y sublimes verdades del Cristianismo. Imperaba á la sazón el feroz Decio, y sus edictos contra los cristianos se habían publicado en todo el imperio; muchas é ilustres víctimas habían sucumbido al rigor de los tormentos y al filo de las espadas de los verdugos. Pero tan rigurosas y terribles medidas eran estériles é ineficaces. Un día se presentó á Decio un tierno niño confesando con infantil acento que su gloria y felicidad la cifraba en tributar adoración y reconocimiento profundo al Dios de los cristianos, y que los falsos ídolos, á que intentaban hacerle quemar incienso, sólo le merecían horror y desprecio. Este niño, que con tal acento de convicción habló al tirano, no era otro que Salustiano, ó, según otros escritores le llaman, Silviniano ó Justiniano. Enfurecido el Emperador, mandó que le arrestasen, intimándole que se preparase á sufrir terribles martirios si no se decidía á adorar á los dioses del imperio. Todo en vano, porque sufrió con resignación todos los tormentos que le depararon. Conociendo, en fin, que eran inútiles todos los esfuerzos que hacían para hacerle desistir de su noble propósito, y reflexionando la poca edad del joven confesor de Jesucristo, le pusieron á los nueve días en libertad. Según los escritores de sus actas, se retiró á vivir á Caller, en el reino de Cerdeña.

Allí brilló su eminente santidad, y el Señor le otorgó el don de milagros. Pasado algún tiempo, contrajo estrecha amistad con San Cipriano, y á las repetidas instancias de éste accedió á ser ordenado sacerdote. Nuevo campo donde resplandecieron más y más sus virtudes. Mereció por su santidad y sus conocimientos que el mismo San Cipriano le confiase varias comisiones para Cartago, desempeñándolas todas del modo más honroso y cumplido. Por último, teniendo indicios vehementes de que trataban de elevarle á altas dignidades, su singular modestia no pudo con serenidad esperar el momento de otorgárselas, y se retiró á una soledad, donde pasó santa y cristianamente el resto de sus días, ignorándose la época de su dichoso tránsito.

SAN MEDARDO, OBISPO Y CONFESOR

Fue San Medardo uno de los más ilustres prelados que florecieron en Francia en el sexto siglo; nació en Salency de Vermandois por los años de 457, siendo su padre, que se llamaba Nectardo, un caballero francés muy calificado y de los más distinguidos en la corte, y su madre, por nombre Protagia, descendiente de una de aquellas antiguas familias romanas que se habían connaturalizado en Francia; tan rica, que trajo en dote á su marido la tierra de Salency. Criaron con el mayor desvelo al niño Medardo hasta que tuvo edad proporcionada para que le enviasen á estudiar á Vermand, capital de la provincia.

No podía mejorarse su natural, ni sus inclinaciones podían ser más piadosas; parecía haber nacido con el amor á la virtud, y singularmente con una tierna compasión á los pobres. Encontrando á uno de ellos en la calle, le dio un rico vestido que le acababan de hacer; y preguntado qué había hecho del vestido, respondió: *Dísele á un pobrecito de Jesucristo, que le necesitaba*

más que yo.

Quejándose su padre de que le faltaba uno de los caballos de la caballeriza, supo, no sin admiración, que su hijo le había dado a su caballo de limosna á un pasajero, á quien los ladrones habían robado cerca del castillo y dejándole á pie.

Esta caridad anticipada de un niño de tan pocos años, acompañada de una ternísima devoción á la Reina de los ángeles, á quien amó y respetó siempre como á su dulcísima Madre, fue presagio seguro de su futura eminente santidad; y aun se tiene por cierto que desde entonces le favoreció Dios con el don de profecía, pues á otro niño compañero suyo, llamado Eleuterio, le pronosticó que había de ser obispo, y el suceso se verificó, habiéndolo sido de Tournay. Los escritores de su *Vida*, que casi todos fueron sus contemporáneos, convienen unánimemente en que los años de su infancia fueron acompañados de grandes maravillas; y aun hoy día se muestra una piedra en que se ve estampada la huella de un pie, que se dice ser del santo niño, el cual la descubrió, y era término de dos posesiones, sobre las cuales había un ruidoso litigio; con cuyo descubrimiento cesó el pleito y se hicieron las paces entre dos poderosas familias.

Viendo sus padres que cada día iba creciendo en edad, en juicio y en prudencia, tuvieron gran gusto en que prosiguiese sus estudios en Vermand, cuyo obispo quiso tomar á su cargo el ser su maestro; y su discípulo correspondió tan maravillosamente al cultivo y á las lecciones del celoso prelado, dando cada día mayores muestras de su extraordinaria virtud, que llenó de admiración al maestro mismo.

No era razón que estuviese escondida debajo del

celemín una antorcha tan brillante, y el obispo, que la conocía bien, no quiso que su Iglesia careciese de su luz. Admitió á Medardo en el clero, y desde luego fue honra y ornamento del estado. Consagrado ya á Dios, y bien enterado de sus nuevas gravísimas obligaciones, las llenó todas cumplidamente. Por estas consideraciones, por la inocencia de su vida y por la integridad de sus costumbres, se movió el obispo á conferirle los órdenes sagrados, y poco después le ordenó de presbítero. Encargósele el cuidado de repartir al pueblo el pan de la divina palabra; ministerio que ejercitó por espacio de cuarenta años, con tanto celo, con tanto espíritu y con tanto fruto, que mudó de semblante toda la diócesis.

Murió el obispo de Vermand el año de 530; juntóse el clero y el pueblo para la elección; hubo poco en qué deliberar, y fue electo Medardo por unánime consentimiento de todos.

Desolado por los hunos, los vándalos y los húngaros todo el país que bañan el Oisa y el Soma, no hallaron otro recurso las ovejas descarriadas que la inmensa caridad de nuestro santo pastor; pero como la ciudad de Vermand se hallaba sin defensa, y expuesta á las correrías de los bárbaros, cada día se iba despoblando más y más, por lo cual el Santo trasladó la Silla episcopal á la ciudad de Noyon.

No obstante el ser tan dilatada esta diócesis, parece que todavía no era bastante para el inmenso celo de Medardo; por eso, habiendo vacado en este tiempo la Silla de Tournay, se empeñó el pueblo con porfía, y aun con obstinación, en que había de ser su obispo nuestro Santo. Esto, en suma, era aumentar el trabajo sin añadir la renta, que era todo lo que Medardo apetecía; pero como los sagrados cánones prohibían tan severamente el tránsito de un obispado á otro, ni quiso ni pudo el santo

pastor condescender con sus instancias. No obstante, el rey Clotario, que á la sazón tenía su corte en Tournay, San Remigio, arzobispo de Reims, y los demás obispos de la provincia, hicieron tan fuertes representaciones al papa Hormisdas sobre la necesidad que tenía aquella Iglesia de Medardo, por conservarse aún la idolatría en una buena parte de ella, que el Pontífice le mandó la gobernase como administrador, pero sin dejar el obispado que tenía, y á Medardo le fue forzoso obedecer. En breve tiempo ya parecía otra la ciudad de Tournay y toda la diócesis. Padeció mucho el santo prelado por la persecución de los gentiles, que, no pudiendo sufrir viniese á atacar á la idolatría en su último atrincheramiento, hicieron cuanto pudieron para desembarazarse de él; cargáronle de injurias, arrastráronle impiamente, y llegó á tanto su furor, que en una ocasión le llevaron ya maniatado al lugar del sacrificio; pero no los dio licencia Dios para que le quitasen la vida, y el santo obispo, lejos de acobardarse, dobló los esfuerzos de su celo, hasta que con su paciencia, con su constancia y con su mansedumbre logró domesticar aquellos bárbaros, haciéndose dueño de sus corazones, y desterrando el paganismo de todos aquellos parajes.

Tantas y tan asombrosas conversiones no podían hacerse sin muchos prodigios; obró tantos y tan grandes, que le hicieron célebre en todo aquel país. Cargado de años, y debilitado con tan prolijos como penosos trabajos, consagró á las fatigas de su ministerio las pocas fuerzas que ya le restaban, y sin concederse el más ligero alivio ni la más leve dispensación en las continuas penitencias con que por toda su dilatada vida había macerado su inocente cuerpo, logró el mérito del martirio en lo mucho que padeció hasta ver disipadas de la Francia todas las reliquias de la idolatría. Hallándose en su iglesia de Noyon, de vuelta de Tournay, dio el velo de

religiosa á la reina Santa Fredegunda, y, acometido poco después de una grave enfermedad, fue general la consternación en todo el país. Vino á visitarle el rey Clotario, que no quiso levantarse de sus pies hasta que le echó su bendición, y el santo anciano, tan lleno de años como de merecimientos, dio el espíritu á su Criador el día 8 de Junio de 560, teniendo más de ciento de edad.

Por los muchos milagros que había hecho en vida, y por los que continuó el Señor en hacer por su intercesión después de muerto, tuvo desde luego pública veneración. Por entonces fue enterrado en su iglesia de Noyon; pero el rey Clotario, que tanto le había venerado siempre, quiso que él sagrado cuerpo fuese trasladado á Soissons, corte de su reino.

Ya en tiempo de Fortunato y de San Gregorio, obispo de Tours, que murió en el año de 565, era tan célebre la fiesta de San Medardo, que de todas las partes de Francia concurrían en tropa los pueblos á venerar su sepulcro. Extendióse esta devoción á Inglaterra, donde no menos que en Francia se erigieron muchas iglesias en honor del santo obispo, durando su devoción hasta la fatal revolución que causó el lastimoso cisma; y aun en medio de eso se lee el nombre de San Medardo en el Calendario de la nueva liturgia anglicana.

La Misa es de la Dominica precedente, y la oración del Santo es la que signe:

Concédenos, Señor, que la venerable festividad del bienaventurado Medardo, tu confesor y pontífice, aumente en nosotros el espíritu de la devoción y el deseo de la salvación eterna. Por Nuestro Señor, etc.

La Epístola es del cap. 1 del libro de la Sabiduría.

El espíritu de sabiduría es benigno, y no dejará sin castigo los labios del maldiciente; porque Dios es testigo de sus afectos, y escudriñador verdadero de su corazón, y oidor de sus palabras. Guardaos, pues, de la murmuración, que nada aprovecha, y contened la lengua de la detracción, porque los discursos secretos no quedarán sin castigo, y la boca que profiere mentira da muerte al alma.

REFLEXIONES

Muy delincuentes deben de ser los labios del murmurador, cuando el espíritu de la sabiduría, que es todo bondad, no los dejará sin castigo. La lengua murmuradora siempre es argumento de genio maligno, de corazón encancerado; y, á manera de lengua viperina, jamás sale de la boca sino para morder ó para escupir el veneno. Cada cual tiene su modo de murmurar: uno descarga abiertamente el golpe de la lengua sobre la reputación de su hermano; otro disimula el golpe con palabras halagüeñas; algunos afectan defender al mismo que pasan de parte á parte; muchos, con grande discreción y recato, van diciendo en secreto á todo el mundo las flaquezas, imaginarias ó reales, de su prójimo; pocos dejan de usar algún artificio cuando murmuran, para manchar y para herir con mayor seguridad, y ocultarse á sí mismos, si es posible, el daño que hacen; hasta el pretexto del celo y de la religión sirve de máscara á la maledicencia, porque es propio de este vicio introducirse insensiblemente hasta en los corazones que parecen más santos. No hay vicio más sujeto á la ilusión y al engaño. Dícese que, desacreditando al pecador, se desacredita el pecado; que se reforman las costumbres gritando contra los desórdenes del tiempo, y contra los que los causan y toleran; créese que se hace á Dios gran servicio infamando á toda una comunidad ó á

todo un gremio por las faltas de algunos particulares; siéntese no sé qué secreta vanagloria en murmurar, porque, censurando á los demás, indirectamente se alaba el murmurador á sí mismo. Es la murmuración vicio propio de genios apocados, de entendimientos vulgares, de corazones malignos, de espíritus cobardes y de conciencias callosas ó cauterizadas. Muchos dejan de incurrir en el vicio de calumniar; pero, del de murmurar, muy raro se exime; y dijo bien San Paulino, que éste era el último lazo del demonio: *No manches tu lengua con la murmuración*, dice el Espíritu Santo. Por más pretextos que busques, Dios descubre todos los misterios de las conciencias y penetra en el interior de los corazones.

El Evangelio es del cap. 9 de San Mateo.

En aquel tiempo sucedió que, estando á la mesa Jesús, he aquí que vinieron muchos públicos y pecadores, y se sentaron á la mesa con El y con sus discípulos; y, habiéndolo visto los fariseos, decían á sus discípulos: ¿Por qué vuestro maestro come con los públicos y con los pecadores? Pero Jesús, habiéndolo oído, dijo Los sanos no tienen necesidad de médico, sino los enfermos: id, pues, y aprended qué quiere decir. Yo amo más la misericordia que el sacrificio, porque no vine á llamar á los justos, sino á los pecadores.

MEDITACIÓN

Del celo por la salvación de las almas.

PUNTO PRIMERO.—Considera que el verdadero celo es un ardiente deseo de dilatar la gloria de Dios y de oponerse á todo cuanto la pueda disminuir; es un santo deseo de extender el Reino de Jesucristo, haciéndole triunfar de sus enemigos en todo el mundo; es una viva ansia de verle adorado y amado de todos, con un

sensible dolor de que los hombres le honren y le amen tan poco; en fin, es un afecto de cristiana compasión que, moviéndonos á llorar la desgracia de las almas que se pierden, nos excita á trabajar y á procurar su salvación. Es el celo el primer fruto de la caridad; inspírale el amor de Dios; porque, el que ama, desea el bien del amado; amor frío ó insensible, es una quimera. Quien ama á otro, siente vivamente, se interesa mucho en todo lo que le gusta ó le desagrada. No se puede amar á Dios sin desear su mayor gloria; no se puede desear ésta sin tener muy en el corazón la salvación de las almas. Es el celo la muestra más clara y la medida más justa de nuestro amor. No hubo santo que no tuviese un ardiente celo de su propia perfección y de la salvación del prójimo; sus penitencias, su observancia y su fervor eran fruto de su celo, y la ardiente caridad con sus hermanos era efecto necesario de su amor de Dios.

¿Ansiamos nosotros mucho por nuestra propia perfección? ¿Tenemos grande celo de nuestra salvación y de la de nuestros hermanos? ¿Qué deberemos pensar de nuestra indiferencia y de nuestra frialdad? Ninguno deja de tener su particular misión; todos, á poca costa, pueden excitar su celo. El maestro, el padre de familias, el superior deben tener muy en el corazón la salvación de sus súbditos, porque han de responder de ella. Este será un bello objeto de nuestra caridad y de nuestro celo. Aun aquellos que no tienen á su cargo la salvación de otros, deben tener celo por el prójimo, ejercitándole con sus buenos ejemplos. ¡Dios mío, qué mayor prueba de nuestro poco amor que la tibieza de nuestro celo!

PUNTO SEGUNDO.—Considera que la caridad está llena de bondad, que es toda dulce, y, consiguientemente, el verdadero celo nunca puede ser amargo. En todo ha de ser nuestro modelo Jesucristo; ninguno le acusará de espíritu anchuroso ó relajado. Con sus lecciones, con su

conducta, con sus ejemplos, con todo nos está predicando un grande horror al pecado; pero al mismo tiempo nos predica también una suma bondad de padre con todos los pecadores: *No sabéis*, decía á los discípulos que querían bajase fuego del Cielo para consumir á los samaritanos, *de qué espíritu sois; el Hijo del Hombre no vino á quitar la vida á algunos, sino á darla á todos*. Aquel celo ardiente y duro que asóla, tala y quema todo lo que coge delante, prueba las muchas formas con que se disfraza la ilusión. Llámase celo lo que muchas veces es cólera encendida, sangre requemada, genio podrido, espíritu satírico, mal humor que se quiere desahogar á costa de los demás; gítase, vocéase, repréndese mucho y enmiéndase poco.

Esas correcciones demasiadamente duras y excesivamente agrias, muestran bien la pasión que las produce; no es el celo su verdadero autor, sino el furor, el encono y la venganza; por eso no hacen fruto. No tengan la corrección y el celo otro principio que la caridad; no tenga otro objeto que la gloria de Dios y la salvación de las almas, y siempre será el celo paciente, benigno, bondadoso, compasivo y suave, pero eficaz; en mezclándose algo de hiel, siempre hay amargura, siempre malignidad; el celo del hombre humilde, siempre será apacible.

¡Oh Dios mío, y cuánto es mi dolor por el poco celo que he tenido hasta aquí de la salvación del prójimo, y aun de la mía propia! Dadme, Señor, vuestro amor, y seguramente tendré celo; trabajaré en vuestra mayor gloria, siempre que, con la asistencia de vuestra divina gracia, trabaje en mi propia perfección; y esto es lo que con ella resuelvo hacer desde este mismo instante.

JACULATORIAS

Abrasad, Señor, mi corazón y mis entrañas en el celo de mi salvación y de vuestra gloria.—Ps. 25.

Desmayó de dolor mi corazón ioh Dios y Señor mío! viendo el desprecio que hacen los pecadores de tu santa ley.—Ps. 118.

PROPÓSITOS

1. Es error imaginar que sólo deben tener celo los misioneros y los predicadores; ninguno hay que dentro de su estado no deba hacer misión; ninguno que no sea responsable de su propia salvación, y en cierta manera de la de sus hermanos. Tu propia salvación es tu gran negocio; todos están encargados de él, pero todos deben edificar al prójimo con los buenos ejemplos. Esta especie de celo es común á todos los estados, á todas las condiciones de los hombres. Pero ¿estás con empleo, tienes súbditos, tienes criados y familia? Pocos misioneros de profesión tendrán que dar á Dios cuenta tan estrecha de sus hermanos, como tú de tus dependientes; guárdate bien de olvidar esta obligación, ni descuidar en ella, por habérsela encargado á otros. Vela continuamente sobre la vida y el proceder de aquellos que puso Dios á tu cuidado. Hijos, criados, súbditos son, por decirlo así, unos como depósitos, de que has de dar cuenta á su soberano Dueño; fuera del buen ejemplo, les debes la educación, la enseñanza, los consejos; procura que frecuenten cada mes los sacramentos , que oigan Misa cada día, que se rece el Rosario de comunidad en la familia, siendo tú el primero que asistas á él, etc.

2. Evita siempre cuidadosamente todo celo áspero, amargo y desabrido. Esas vivacidades, ese desentono de voz, siempre se reputa por cólera; y toda cólera en un superior disuena y le desautoriza; hay celos enfadosos,

que en vez de curar las llagas, las enconan más; los hay ruidosos y vocingleros, que aturden, mas no corrigen; los hay duros, que, como no los mueve la caridad, todo lo echan á perder; los hay impacientes, que sólo sirven para enajenar los ánimos y desviar el corazón. Corrige todos estos defectos. Gobiérnate puramente por la caridad cristiana, y seguramente tendrás todas estas cualidades.